Casa Branca

Érase Una Voz

Al llegar a casa, tú no estabas. Me senté en el sofá, al borde de la aflicción. Llamé a tus abuelos. Era la opción menos plausible, pero no sabía qué hacer. Contestó mi madre; le pregunté si, por alguna milagrosa casualidad, te encontrabas allí; la pregunta le pareció tan extraña que ni siquiera contestó, y se puso a hablar de su bronquitis. Intenté la escuela, pero nadie. Pensé llamar a la Policía, pero era demasiado pronto, me dirían que esperara, que los adolescentes solían volver al cabo de unas horas.

Así que me puse el abrigo y salí corriendo. El camino frío, los alcornoques, los campos de paja, los postes telegráficos, después Cano, otra vez la carretera. Un caballo perdido y lloroso, en dirección contraria. Me quité el abrigo, recorrer las distancias nos toma tiempo y sudor. Vi a tres chicas sentadas en un banco, con sus mochilas. Ninguna de ellas eras tú. La escuela primaria, el jardín público.

Desesperado, le pregunté a una anciana si había visto a una chica alegre. Estará ahí, y apuntó a la casa blanca y baja, fondo de caramelo, un pájaro con zapatos, ventanas verdes. Llamé a la puerta. Abrió una señora pequeña y delgada, ojos bonitos, cabello oscuro. Ah, sí, está aquí dentro. Te encontré leyendo un libro. Me senté a tu lado y ni siquiera te regañé.

João Tordo